

El trato

JUAN CARLOS SARA VIA VARGAS

Arnoldo Ballesteros había sido siempre el tipo de hombre indeciso, de los que requieren mucho más tiempo del necesario para evaluar opciones y elegir un curso de acción. Siempre atado por complejos que se aferraban a él con persistencia vegetal, cual lianas abrazando los árboles del bosque, el señor Ballesteros mostraba una capacidad de respuesta lenta e imprecisa, como esos relojes viejos que rehúsan marcar el compás del tiempo apropiadamente.

En el camino de sus treinta y tres años, los pasos de Arnoldo Ballesteros marcaban huellas de muchísimos errores que lamentaba profundamente en lo más secreto de su alma. La mayoría de ellos, para su zozobra, mostraba el común denominador de su indecisión. Entre todos sus desaciertos podía contar su orientación vocacional, por ejemplo. A pesar de ser un asiduo lector y un amante de la lengua española, obligó a su sueño de convertirse en un brillante filólogo a recorrer la plancha y caer en el insondable mar del olvido porque sus padres siempre ambicionaron verlo graduarse de la Facultad de Ingeniería. Claro, en esos días, él no era más que un mozalbete sin voz que jamás podría oponerse a sus padres, se autojustificaba Arnoldo. “Las cosas cambiarán cuando yo por fin sepa lo que quiero”, se había dicho a sí mismo para aplacar los gemidos de su sueño ahogado, que subían a borbotones desde lo más profundo de su inconsciente.

No obstante, dicho momento de rebelión jamás llegó; Arnoldo siguió por la vida empujado como una hoja por los vientos de las decisiones ajenas. Así, se había convertido en un ingeniero de ejercicio profesional mediocre y de felicidad truncada, una columna mal calculada en el puente de la historia. Por supuesto, él sabía muy bien que su falta de carácter era la principal razón de la angustia que carcomía su alma y por eso fumaba día y noche. Se repetía que el fumado era lo único que había decidido hacer por sí mismo aunque cualquier psicólogo sostendría que su característica adicción a la nicotina era un grito de angustia interna; Arnoldo ciertamente intentaba vedar con una cortina de humo la ansiedad que su vida le producía.

Antes de irse a la cama una noche cálida de un 3 de enero, después de fumarse medio paquete de cigarrillos mientras decidía, de nuevo algo tarde, lo que serían sus resoluciones de año nuevo, el señor Ballesteros visitó la cuna de su pequeña hija. Su esposa Mariana yacía exhausta sobre la cama junto a la pequeña cunita rosada, donde la bebé nacida apenas dos meses atrás dormía en precisos intervalos de dos horas. Al verla, el ingeniero se sintió agobiado por el recuerdo de sus suegros que, en un tono de exigencia, le señalaban que después de más de tres años de matrimonio, ya iba siendo “hora de pedir bebé”. En resumen, la pequeñita había venido al mundo más por las presiones de la familia que por la voluntad de sus progenitores.

“Algo tiene que cambiar. ¡Debe cambiar!” pensó el señor Ballesteros. “Simplemente, no puedo seguir por la vida con esta actitud tan pusilánime”, resolvió para sus adentros. Miró la carita enmarcada por una cuna que se veía enorme y tragó saliva con sabor a nicotina con un sonido seco en su garganta. ¡Nicotina! ¡Ni siquiera su vicio había sido decisión propia! ¿Acaso no había cedido a la presión de sus compañeros en secundaria?

Acarició suavemente la cabeza de la pequeña mientras pensaba que su única resolución de año nuevo sería abandonar toda una vida de indecisiones para convertirse en una persona asertiva. Se vio a sí mismo con el poder de mandar a callar a todos sus temores y, con el pecho expandido por las esperanzas, se metió a la cama.

En su sueño, el señor Ballesteros se encontraba en un hospital, caminando entre cientos de camillas cubiertas con sábanas blancas, enfrascado en una búsqueda surrealista. Se miraba desde el exterior, como si se tratara de una película protagonizada por ese hombre que se veía como él, pero con un claro en el cabello de la parte de atrás de su cabeza (“¡Dios! ¿Me estoy quedando calvo?”). Curiosamente, a pesar del aparente desdoblamiento, el ingeniero podía sentir la ansiedad que le producía a su versión onírica el continuo acercamiento a las, hasta el momento vacías, camillas dentro del infinito salón del hospital. En el sueño pensaba con lucidez y apartaba las sábanas con determinación (“¿Qué estoy buscando?”),

La conciencia externa sintió un conocido espasmo de temor. ¿Qué pasaría si, al destapar la camilla que sigue a ésta, no la encontrase vacía? ¿Qué si, en lugar de un acolchado fondo blanco (“son *demasiado* blancos”), hallase un cuerpo retorcido y repugnante, cubierto de sangre, o una activa colonia de insectos rastroeros enormes, o un gigantesco espagueti de gusanos retorciéndose en una orgía de abominación y podredumbre?

A pesar del paralizante terror que sintió y sus imperiosos deseos de que su otro yo se detuviese, éste apartó otra sábana sin titubear, implacable. (“¡Nada! ¡Gracias al cielo!”).

¿Qué buscaba con tanto afán?

El señor Ballesteros, de algún modo, estaba consciente de que lo sabía.

(“¡A Danielita!”)

Con bríos aunados, su mente se unió a su cuerpo en la búsqueda desesperada. Ya lo recordaba todo: le habían dicho que alguien había tomado a su hija recién nacida y la había llevado a esa ala eterna del hospital. El corazón se estrujaba más con cada camilla que quedaba descubierta a sus espaldas. Al frente, camillas idénticas, en orden impecable, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. (“Esto es una pesadilla... ¡Tiene que serlo!”)

De repente, vio parado del lado izquierdo, a unas cuatro o cinco hileras de distancia, a un hombre con ropajes oscuros. Era el mismo hombre de cejas espesas, cara lampiña y una boca fina y demasiado larga que antes había visto en sus sueños, no cabía duda. En esta ocasión, sus ropas negras contrastaban agudamente con el blanco infinito del hospital. Cargaba un bulto pequeño, envuelto con una cobijita blanca y lanuda, como las que se usan para abrigar a los bebés.

El hombre de negro sonrió y ordenó: “Ven. Toma, es tu hija.”

El señor Ballesteros permaneció inmóvil unos segundos. Quería seguir buscando a pesar de que el miedo lo tentaba a aceptar la oferta del enigmático y recurrente personaje.

“Te dije que la tomes”, insistió el de cejas gruesas, con una voz invitadora, como la de los tahúres cuando proponen un trato en un juego de azar.

El ingeniero intentó inútilmente ignorar al hombre de la boca larga y regresar a su búsqueda. El otro se aproximó y sus pisadas resonaban secamente en la habitación.

Cuando ambos hombres se encontraron frente a frente, el de negro, con una risa sardónica que le hacía la boca enorme, volteó su cabeza levemente hacia las camillas más próximas y dijo: “¿A qué le temes? ¿No crees que sea tu hija? ¿Crees que es un *changeling*? ¡Mira!”

Destapó el bultito y se lo acercó al señor Ballesteros, quien sintió sus rodillas flaquear.

(“¡No quiero ver!”)

“¡Te he dicho que mires!”, ordenó el hombre, con una voz de mando ineludible, como la de un coronel ante su tropa.

Faltando a su resolución de firmeza, el ingeniero se dejó llevar por la orden y miró.

Sí, era Danielita. (“Hay algo que está mal...¿Qué es?”)

El miedo no lo dejaba pensar. (“Eso que oigo a lo lejos... ¿Es el llanto de un bebé?”)

La bebida parecía saludable y dormía plácidamente en los brazos del hombre frío, cubierta con la cobija.

La voz del de cejas pobladas se suavizó, tentadora. Volvía a negociar. “Sabes muy bien lo que encontrarás si sigues buscando, y no te gustará nada. Toma a esta bebé.”

¿Le había dicho “esta bebé”? ¡Algo tenía que estar mal!

Arnoldo desesperadamente quería reanudar su búsqueda, pero el miedo lo paralizaba. Estaba seguro de que la próxima camilla contendría horrores

indescriptibles, una visión metálico-humanoide, sexualizada y retorcida, capaz de rivalizar con las más estremecedoras creaciones de H.R. Giger. Tenía la certeza de que, al apartar la sábana, una víbora bicéfala con ocho horripilantes patas de araña se encontraría lista para saltar y entrar en su cuerpo violentamente por las cuencas de los ojos. ¿Estaba el corazón del ingeniero debilitado ya por años de consumo de nicotina y a punto de colapsar de terror, preparado para dar la bienvenida a semejante espanto? (“¡No quiero morir!”)

Por otra parte, el hombre le estaba entregando a Danielita... ¿O no? Eso pondría fin a la tortura de la búsqueda. Era, a todas luces, un trato aceptable. (“¿Eso es el llanto de un bebé?”)

Lo más rápido que pudo, el atribulado padre calculó sus opciones y se percató de que el de amplia boca le proponía una salida de ese infierno. Su mente se encontraba en un laberinto irracional. “Tomo a la niña que me da y me largo. Esto es un sueño de todas formas. La tomo y ya. Mariana no tiene por qué saberlo. Es un sueño. Además, no es un duende, es Danielita. Los duendes no se ven así.”

Por el rabillo del ojo, casi pudo ver algo retorcerse levemente bajo la sábana de la próxima camilla. En un arrebato de terror, tomó a la bebé y corrió a la salida de la habitación sin mirar hacia atrás. La sala pareció cambiar a un tamaño normal en ese momento.

A la mañana siguiente, el señor Ballesteros despertó y, sin reparar en la cuna, encaminó mecánicamente sus pasos al cuarto de baño, atontado. Frente al espejo, se percató de que había dormido de un tirón. Al mirar su rostro, recordó su sueño de golpe.

Se rió para sus adentros. (“¡Vaya tontería! ¡Y yo muerto de miedo!”). Se miró una vez más y decidió creer que una nueva historia empezaba para él. Sí, una en donde él, convertido en un paladín, decidía por sí mismo y tomaba con firmeza las riendas del corcel de su vida.

El grito de horror de Mariana lo atravesó como una carga de mil voltios y lo sacó de sus cavilaciones. Corrió a la habitación y encontró a su esposa desesperada.

“¡Danielita no respira!”

El deceso de la bebita se estimó como un doloroso caso más de “muerte blanca”.

Es interesante que, a pesar de los avances tecnológicos, aún hoy, los médicos tratan sin éxito de averiguar qué provoca finalmente el síndrome de muerte súbita del lactante, o SMSL. Se habla de factores de riesgo, tales como la

alimentación inadecuada de la madre durante el embarazo, altas temperaturas en la habitación, la edad de la progenitora, la presencia de ositos de felpa en la cuna, además de la exposición del bebé al humo del cigarrillo.

El señor Ballesteros, destrozado, tiene su propia teoría al respecto, pero titubearía ante la oportunidad de compartirla con alguien. No es nada que él quiera que el mundo sepa, de todas formas.

El deseo cumplido

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Este es el primero de los relatos de *La dimensión del vacío cuántico*. Dicha colección de narraciones constituye la única fuente histórica para comprender lo sucedido el día en que el universo se confabuló en contra de la especie que puso en riesgo todo un planeta.

Felicia se encontraba molesta, muy molesta. ¿Cómo era posible que sus padres fueran tan obtusos? Porque ser anticuado es aceptable, pero que le hubieran faltado el respeto a una mujer como ella, con ya dieciséis años cumplidos, era intolerable. Refunfuñó y apretó los puños frente a su cara con rabiosa energía mientras sacudía las piernas. Estaba tendida sobre la cama, con la puerta de la habitación cerrada y no tenía intenciones de abrirla por nada. No, no la abriría ni aunque Papito Von Derek, su ídolo musical, se lo implorara... Bueno, tal vez a él sí le abriría, pero, a cambio, Von Derek debería subirla al escenario cada vez que ofreciera un concierto en el Palacio de los Deportes o en el recién construido Estadio Nacional.

Suspiró.

“Ya basta de pataletas. Si Felicia no quiere venir a la playa, que se quede en el cuarto. Nosotros nos vamos”, había dicho su intransigente padre luego de que su madre, con esa insistencia tan irritante, llamara repetidamente a la puerta que ella había cerrado de un portazo.

“¡Déjenme sola! ¡Lárguense!”, gritó la adolescente como respuesta a las palabras de su padre. “¡Por mí, no regresen nunca!”, remachó con vehemencia.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el pleito? ¿Unas dos horas, acaso?

Después de escuchar a su familia alejarse, ella permaneció llorando con rabia asesina. Hasta había vociferado palabrotas en contra de sus progenitores. Después se tiró boca abajo en la cama y se mantuvo en esa posición gimoteando y profiriendo improperios un buen rato. Giró y se quedó rumiando su enojo mientras sus ojos se perdían en las nubes que se movían perezosamente en el cielo más allá de la ventana.

Todo en esas vacaciones marchaba mal. Felicia se los había hecho saber, pero la ignoraron nuevamente. “¿No les dije que comiéramos en HappyBurger? ¿Por qué pararon otra vez en “Los Chavitos”? ¡Siempre es lo mismo! Yo les dije que si íbamos a “Los Chavitos”, yo no iba a comer, pero igual me pidieron uno de esos almuerzos asquerosos... Y ahora, les dije que fuéramos a la playa en la tarde, para poder dormir en la mañana,... ¡Pero no! Tenían que ir a la playa temprano. ¿Quién va a la playa a las ocho de la mañana? ¡Sólo los viejillos! ¡Uf!”

Apretó los ojos, calientes de tanto llanto, y un pequeño hilo húmedo se deslizó por uno de ellos. Con un resentimiento alimentado por pasiones de un corazón adolescente, deseó con firmeza que la dejaran sola. Sí, quería estar sola para siempre.

Mecánicamente, volteó su muñeca para ver el reloj. Eran las 11 de la mañana. Había transcurrido más tiempo del que a ella le parecía.

Se levantó de un salto para ir a la cocina a prepararse un emparedado y tomar un refresco. No quería tener que salir de la habitación cuando su hermana y sus padres regresaran. No deseaba hablarles. Además, una vez satisfecha, no tendría que almorzar con ellos y se ahorraría indirectas y reprimendas. Felicia se sonrió por su astucia y, ya en la cocina de la casa de verano de sus padres, preparó su improvisado almuerzo a toda prisa. Tomó una gaseosa y casi que corrió a su refugio anti-padres incomprensivos. Con determinación, aseguró la puerta.

Comió sin prisa, esperando escuchar en cualquier momento las pisadas de los bárbaros dispuestos a profanar su santuario. Sin embargo, no las hubo.

Pasó el mediodía y una gaviota anunció la tarde en el cielo. Sus familiares no regresaban aún. Felicia, algo extrañada por la prolongada visita a la playa (sus padres nunca se quedaban junto al mar más de tres horas seguidas por los rayos ultravioleta y otras majaderías de ancianos), se figuró que éstos habían decidido ir a comer a algún restaurante. Sintió que su estómago se endurecía por la cólera. Los maldijo por pretender que ella se quedara con hambre. Menos mal que ella era más inteligente y estaba preparada. “¡Que se tomen todo el tiempo

que quieran y que coman hasta que revienten!” pensó con amargura. De todas formas, el plan de ellos se había estropeado. Ella no los necesitaba; se hallaba sola y a sus anchas.

Encendió el televisor y miró una película. Luego otra. Menos mal que la “tele” tenía cable. No se imaginaba un sábado viendo canales nacionales. ¡Qué tortura! Más tarde, cambió al canal de vídeos musicales. ¡La canción de Lady Yaya! Quedó enganchada como por un magneto. Cantó a todo pulmón, desafiando las notas altas y bailó imitando a la excéntrica cantante de pop. ¡Qué diablos! Le subió al máximo: sus padres no estaban para reclamarle por el ruido. Resultó que no era un vídeo, sino un especial sobre Lady Yaya. Felicia se regodeó: música a máximo volumen, vídeos y *sin padres*. ¡Eso era buena suerte!

Cuando se percató, ya estaba anocheciendo. Consultó las manecillas doradas de su reloj. Las seis menos diez. “¿Pero dónde se habrán metido?”, se preguntó mientras se dirigía al cuarto a buscar el carísimo teléfono móvil 3G que le había regalado su madre por su decimosexto cumpleaños. Felicia hubiera preferido implantes de silicona, pero su padre, tan retrógrado como siempre, se había negado.

Al menos, el teléfono no estaba tan mal, pensó. Tomó el móvil y, antes de digitar el número, lo colocó nuevamente en la cama. “Así que ese es su juego”, se dijo, “quieren que yo me desespere porque ellos no regresan. ¡Claro, para que les pida perdón por lo que les dije! ¡Pues no, no y NO! ¡Como mis papás no me entienden, que sean ellos los que sufran!” Obstinada, se metió en la ducha y usó toda el agua caliente que quiso.

A las siete, ya todo estaba oscuro fuera de la propiedad. A cierta distancia, se escuchaba el continuo romper de las olas en la playa, un rítmico sonido que el viento arrastraba. Dado que sus progenitores no regresaban con su hermanita, tomó de nuevo el móvil para matar algo de tiempo hablando con su amiga Belinda, mas su intención se vio frustrada porque el aparato estaba completamente descargado. Buscó entre sus pertenencias el cargador y no lo encontró. Con un sonoro expletivo, sazonado con matices tonales particularmente agrios, arrojó su maleta al suelo. Ahora estaba incomunicada porque había olvidado el cargador. ¡Genial!

¿Qué hora era? Las siete y treinta y dos. Nada de la pareja de ogros y la pequeña duendecilla todavía. Se dirigió otra vez a la cocina, tomó un par de manzanas y miró una película más. Al terminar, se encerró en su habitación nuevamente y pasó el pestillo. No quería ver a sus padres sino hasta el día siguiente. “¡Ah, pero no les voy a hablar!”, determinó la adolescente y se metió en la cama.

Felicia despertó. Miró su reloj mientras se refregaba los ojos: eran las nueve de la mañana. Con el piar de las aves en los arbustos del jardín y con el recuerdo

de los acontecimientos pasados, se renovó su resentimiento. Aguzó el oído para determinar si sus padres estaban desayunando. No escuchó absolutamente nada.

Se levantó y abrió la puerta. No había nadie en la sala. Caminó hacia la cocina y la encontró exactamente como ella la había dejado la noche anterior. Se dirigió con enojo a la habitación de sus padres, segura de que los encontraría allí, acallando risitas estúpidas, mientras le cubrían la boca a la pequeña Ximena para que no los delatara. Con esa imagen fresca en su mente, abrió la puerta de golpe, dispuesta a todo.

El cuarto estaba vacío. Es más, no había evidencia alguna de que sus padres hubieran pasado allí la noche. Cual un escarabajo indeseable, un pensamiento de preocupación avanzó furtivamente entre la maleza de sus pensamientos, pero lo abatió con el matamoscas de la obstinación; el ego herido de Felicia constituía su prioridad.

Revisó la sala con la esperanza de encontrar alguna nota, algo que le indicara dónde se habían metido, pero no halló nada. Tal vez habían llamado a su teléfono, pero como estaba descargado... Apretó los puños y se reprendió a sí misma con ira por vacilar.

“¡No les voy a dar gusto!”

Se duchó rápidamente y se sentó a ver una película en el reproductor de DVD con un paquete de frituras de maíz. Si sus padres no aparecían al mediodía, tomaría las llaves, cerraría la casa y caminaría el kilómetro que separaba la propiedad de la playa, donde se quedaría un rato. De seguro, cuando regresara, ellos ya estarían de vuelta, preocupados por su ausencia. Tendría que soportar el sermón de su madre y de su padre, pero no iba a flaquear.

A las doce y diez minutos, decidida, cerró la puerta principal y se dirigió por el camino que la llevaba hasta el mar. Fue una caminata tranquila y, al llegar a la arena, extendió una larga toalla y se acostó, embadurnada con bronceador.

Unas tres horas después, Felicia abrió la puerta de la casa y el silencio la recibió.

Ya sus padres habían ido demasiado lejos con esa broma.

De repente, una revelación se desplegó como un pergamino en su cerebro y no le gustó nada: durante su caminata de ida y de regreso, no había encontrado a nadie. Es más, si no la engañaba la memoria, su joven cuerpo era *el único* que se tostaba al sol en la playa. Trató de recordar; debió haber visto a alguien, por lo menos a una persona en alguna parte. No obstante, por inverosímil que pareciera, en efecto, tanto la playa como el camino habían estado desiertos.

La adolescente sacudió su cabeza. Se trató de convencer de que el nerviosismo por la aparente ausencia de sus padres la obligaba a imaginarse fantasías descabelladas. “Es domingo. Probablemente la gente esté durmiendo”. Esa era una idea consoladora, pero el alivio que le proporcionó fue efímero. “A las tres de la tarde, *alguien* debe estar levantado”, susurró la voz de la razón a su oído terco. Mientras revisaba la casa, Felicia desestimó sus pensamientos y la emprendió de nuevo contra sus padres, quienes se habían extralimitado; no cabía duda. Ya esto era irresponsable. ¿Qué si ladrones hubieran irrumpido la noche anterior? ¿O si un incendio la hubiera atrapado con sus voraces llamas?

Encendió el televisor, pero esta vez la pantalla permaneció negra. No había señal. Cambió los canales rápidamente con el mismo resultado.

“Muy bien, son las tres y cuarenta”, se dijo, “mejor voy al pueblo y busco un teléfono. Ya esto no me gusta”.

Tomó su cartera y una chaqueta. El pueblo se encontraba como a diez minutos a pie, así que llegaría a algún supermercado, compraría algo de comer y buscaría un teléfono para llamar a sus irresponsables padres.

Conforme avanzaba, le molestaba la ausencia de voces humanas. Aquí y allá se escuchaba un perro, claro, pero no se oía gente por ninguna parte.

Llegó al pueblo y una sensación desagradable, como la caricia perturbadora de una mano helada en su espalda, la hizo estremecerse. Al parecer, todos los negocios se encontraban cerrados. La cortina metálica del supermercado estaba abajo, asegurada por nueve candados reforzados. La farmacia se encontraba en igual estado. Tres autos desperdigados decoraban el prácticamente vacío estacionamiento. Caminó un poco más, observando y preguntándose qué ocurría.

Frente a un poste eléctrico, halló una casetilla con un teléfono público. Tomó su tarjeta, la introdujo y marcó el número del móvil de su madre. Esperó a que conectara, pero sólo obtuvo la máquina contestadora. “¿Qué rayos está pasando?”, se preguntó cuando colgó después de grabar un furibundo mensaje. Intentó llamar al 911, mas ningún operador recibió su llamada. Colgó el auricular y lo contempló desconcertada unos segundos, cual si se tratase de algún artefacto desconocido.

Recorrió un par de cuadras más con la convicción de que encontraría a alguien. Su esperanza languidecía con cada calle que dejaba atrás.

“Esto no es posible... ¡Esto no es posible!”

No existía señal de actividad humana alguna en lo que había podido ver del pueblo. Las creaciones eléctricas de la humanidad, sin embargo, atendían su ritual cotidiano: los semáforos cambiaban de color para indicar el derecho de vía en avenidas desiertas, los cajeros automáticos seguían saludando a clientes invisibles en el banco y, dentro de algún negocio cerrado, se alcanzaba a oír la música de T.I.M.A, “la estación automática de música que tanto te gusta”. ¿Por cuánto tiempo se sostendría la tecnología sin sus operadores? Felicia no lo sabía a ciencia cierta. En realidad, no le interesaba tanto averiguar la respuesta; le preocupaba mucho más por cuánto tiempo se podría sostener a sí misma si en realidad se encontraba sola en el pueblo.

Las más exóticas ideas se agolparon en su cabeza, como las carpas de los lagos en los parques públicos cuando se les arrojan migajas de pan.

¿Una hecatombe nuclear? Ridículo, ya que, a excepción de la ausencia humana, el pueblo permanecía intacto. ¿Un ataque terrorista con esa bomba que dicen que solo mata a los seres vivos pero no daña los edificios? Tal vez, pero no había cuerpos, los animales estaban vivos y ella no estaría caminando. Además, ¿para qué atacar un pueblito costero sin importancia?

Su imaginación se estaba desbocando y comenzaba considerar explicaciones aún más absurdas. ¿Vampiros o zombis? ¡Por favor, la vida no es “Resident Evil!”

¿Qué tal si se trata de una abducción extraterrestre? ¡Inverosímil! ¿Se habían esfumado todos, como en la colonia perdida de la isla Roanoke, y se suponía que ahora ella tenía que buscar un poste para inscribir la palabra “Croatoan”? ¿O se trataba acaso de la venganza de las hadas porque los humanos les robaron la tierra, un capítulo inédito de *Artemis Fowl*? A duras penas logró dominar su mente del embate de la histeria, que amenazaba con tumbar la muralla alrededor de la ciudad de su cordura.

Sus pies la estaban llevando de regreso a la casa de verano, dirigidos por un primitivo instinto de supervivencia. “¿Esto estará ocurriendo solamente aquí, o pasará en todo el país? ¿Habrán personas en alguna otra parte? ¿En algún otro país? Si camino a la ciudad, ¿veré al menos un mendigo en la calle?” Gradualmente, y a espaldas de su conciencia, Felicia comenzaba a asimilar la horrible verdad: se encontraba completamente sola. Qué había ocurrido o la razón escapaba a su entendimiento, pero tenía muy claro que, hasta donde sus ojos habían recorrido, la única silueta humana que había alcanzado vislumbrar fue su sombra, alargada en las calles desiertas.

Apuró el paso hacia la propiedad de sus desaparecidos padres. Deseó creer que, a lo mejor, ellos estarían esperándola. Aunque sabía que se trataba de una esperanza vana, quería creerlo.

Había algo más.

Sí, a pesar de que ésta podía encontrarse vacía, Felicia quería llegar a la casa antes de que se pusiera el sol.

Lo anhelaba con toda su alma.

The Sunset of the Prophet

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Two days ago I was –or at least so I thought–
a gifted seer; visions from Heaven
paraded in front of my mortal eyes.
Blessed beyond words, I beheld the Glory,

and my lips opened in praise
and my lips uttered prophecies
carried on the wind by waves.
Many touched hearts listened
to my word –Your Word–
and soon silence gave heed
to a clear message and I shed tears
that flowed from a mix of delight and pain.

I know the Scriptures: I read them well;
for me it was clear you said
that Divine Abduction was veiled
to human discernment
and that is fine
and that is good,
yet I grew to believe
my communion with You was special.
Enoch, Moses, Elijah; You have
Your closest friends among us.
To no one, despite we come from dust,
You shared ineffable glimpses of Your Throne!

How I spent time with You!
I rejoiced; I knew I was favored
when I heard
that unmistakable date,
and the mundane strife was to end
and the mundane pleasure was to dissipate,
so gave I words to the world;
my tongue flashed
audible flags of warning.
Aiming to draw more souls to Your Grace
Your voice quickly became my face
and time continued slipping away.

On the dreadful appointed morning
My chest contrited, it ached:
This country was no holy place,
Sodom and Gomorrah were everywhere
and there was saintly pain
and there was Christian joy
because I knew I was to be spared
from unspeakable torments stored
for the many hearts choked
by the unholy tendrils of sin.

But Truth was coming in
and they had plenty of time to repent.

Was it a morning like this
when Noah, locked up in the Arc,
surrounded by beasts waited and waited
until he heard the first drops of rain?
And prophet Elijah prayed for fire
and prophet Elijah saw descending flames.
Did their faith flicker
feeling those eyes piercing their frames?
No, like I, they remained steady.
Today the world is going to end;
I know since I am Your special friend.
This is the last sunrise on the face of the Earth.

Impious knocks bother my door:
Today is the day after the end of the world
There was no rapture; unrepentant throats chant,
But a day I could have been off
yet again the night came
yet again the sun rose
and my disenchanted sheep inquire why
they are still unjustly attached to this Earth;
To my numbers, with burning shame, I return;
Time and again I follow the path of the sun
I was convinced I heard the voice of the Son.
The world sees no prophet, but merely a fool.